

MANIFIESTO DEL SONIDO Y DEL PÁJARO CETRINO¹

CAROLINA SILVA LURDUY

|

Llegan lento, de a pocos y van llenando la sala.

A la entrada un gran domo recibe a los visitantes. Es singular. Está envuelto en hojas gigantes de diferentes tamaños, texturas y colores. Lo cubren, pero también ornamentan la casa que se convierte en refugio, donde al adentrarse se puede ver el envés de las hojas. Tomo una y la guardo. Las luces son claras, el aroma se percibe en todo el recinto.

Más y más caras jóvenes siguen llegando. No podemos vernos los rostros. La oscuridad, el encierro, el miedo de volvernos a encontrar parece extendido. Prosigo, puesto que mi destino es otro: la sala en tinieblas del fondo. Hacia la mitad del espacio cambia el ambiente. La luz que antes era viva, luz-día, como de una gran mañana con sol decembrina que se despeja con las mismas nubes, ahora se oscurece. Permanece oculta mientras vamos avanzando y se hace más cautiva. Las pupilas se activan. De un espacio a otro, el ambiente se torna en tinieblas y se agudiza el rumor y el ruido. Entramos al mundo del éter, las ondas y los sonidos.

Parece que hubiéramos despertado de un día para el otro en un búnker. Aparatos electrónicos con chispas de sonido y de luz decoran lo que parece ser el ambiente apocalíptico post-pandemia. Reparo enseguida que no son más que los mismos aparatos que habitan el presente, antes y después del bicho torturador y maldito. De la escenografía natural simulada dentro del búnker en el cual también nos encerramos ahora, pasamos a la realidad electrónica, abrumadora y artificial del sonido, la

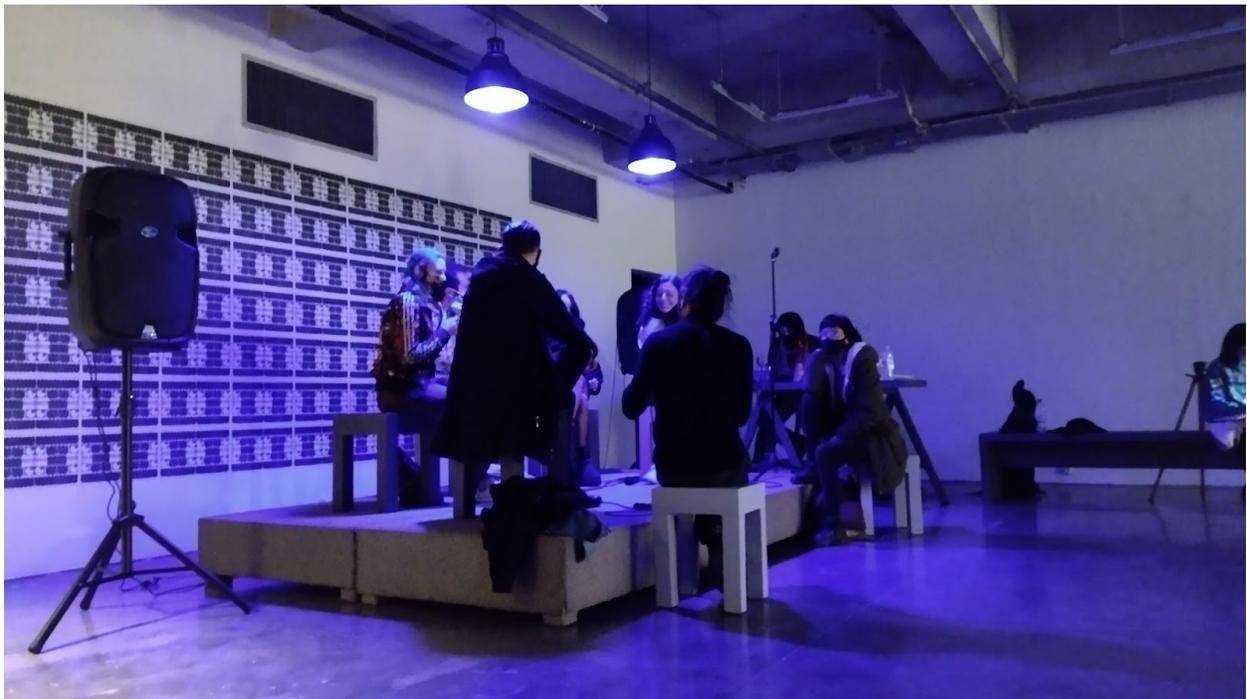


¹ Ensayo narrativo V, propuesta ganadora de la Beca en escritura sobre Artes Plásticas, categoría: Programación Red Galería Santa Fé. Escrito a propósito del laboratorio *Bitácora de errores. Venga y pare oreja*, proyecto ganador de la categoría: Laboratorios de prácticas artísticas experimentales en El Parqueadero - 2020.

furia, las pulsiones electrónicas y la tecnología que tanto adoramos en el presente.

Solo podemos distinguirnros a través de la luz estridente de las lámparas que con luz cenital ilumina nuestros perfiles fríos y confundidos. Poco, en realidad, podemos vernos. Nos entendemos por las vibraciones que emitimos. Voy avanzando lentamente, tratando de procesar todo. Las lámparas se encienden y en un pequeño escenario la potencia de los ecos desde afuera afuera, va penetrando cada vez más y más fuerte. Un entusiasmo llena la sala. Los rostros jóvenes llegan también granulados, cautos, prudentes, a tientas. Palpan el aire, palpan ese sonido de los aparatos que se confundió con el afuera. Se instalan en las sillas ubicadas sobre una tarima al fondo de la sala aún oscura, aunque mi iris esté ya dilatado.

Son un grupo de artistas porque el bunker es una sala blanca de exposición, los aparatos son obras y los que observamos en tinieblas somos espectadores. Se van instalando con timidez en el conversatorio. Algunos se conocen otros se están palpando. Ante la primera vista y detrás de un tapabocas se detienen, dudan, respiran con dificultad; luego, se ponen cómodos detrás del micrófono. El sonido se ha encendido. Se desnudan. La palabra se toma el recinto. La conversación parece sencilla, pero como un lago oscuro que nos seduce a nadar, el agua esconde una profundidad desconocida. El error, la duda y el sonido se tomaron la charla.



Todos respiramos apenas. Escuchamos en la distancia que deja el otro. El diálogo inicia y se pregunta: ¿Es posible un manifiesto sobre el error? Se puede ir creando, contestan.

No avanzo más porque el ancho de la sala no lo permite. Todos nos vemos entre las tinieblas, los ojos apenas y a través de la respiración. Los artistas se preguntan y se inquietan a fondo:

¿Es posible sacralizar el error como la fuente de la creación?

El error es la improvisación. Habría que pensar la creación como una cadena continua de desiertos. Algunos, no siempre permanentes, perduran en los intentos. Otros se consolidan como la experimentación y el éxito. El conversatorio avanza: un resultado planeado o inesperado puede ser mediado por la sorpresa. Entender la equivocación como fuente del camino que queremos recorrer para llegar a algún destino. No necesariamente el punto fijado en el mapa inicial. Ese camino escondido en el cual no deseamos perdernos, la famosa callejuela que no esperábamos encontrar en ese viaje, el destino en el que nos metemos cuando recorremos ciudades que no conocemos. Transitamos en caminos no forjados con anterioridad en la maleza, cuando al final del recorrido encontramos sorprendentemente una cascada. O la nada — responde otra voz joven que entra al conversatorio—, tal vez no haya camino, ni haya nada.

En la creación siempre hay un objetivo indefinido en medio de todo.

Miras tanto el abismo en algún punto que terminas convirtiéndote en él. Y el abismo tiene un eco hermoso que rebota y sobrecoge, que permite no caer.

||

El sonido es la piel. El estallido que retumba afuera se reproduce dentro. Estallan los ecos de algo chillar, vocífera, grita. Se escuchan clamores y rumores. El cansancio despertó, está en la calle reclamando y gritando. Reuniéndose de a pocos, de a muchos, respirando cada vez más. Adentro todo está listo para que el sonido estalle. El sonido es la voz permanente de quien tiene habla, de quien encuentra, entre el cerebro y las palabras, la distancia más corta para poder sacar lo que tiene dentro.

La sala sigue en penumbra. Cada gruñido que se percibe afuera, se reproduce en múltiples combinaciones en el aparato multicolor del interior. Lo que resuena es el bullido y el latido de un grupo de jóvenes que solicita algo más que trabajar y vivir el día a día; algo más que lo mínimo para dar sentido a su existencia. Ese eco que resuena en el exterior se perpetúa adentro. En el ambiente perdura un rugido, algo que despertó desde el fondo profundo y no para. Una especie de furia que ya nadie frena, ha arrancado, se le dio partida. En la sala, oscura, fría y artificial, en medio de un número de aparatos que han sido dispuestos para encontrar el sonido se va diluyendo el eco.

Hambreeee bree bree ee
Hambre ambre bre bre re e e e

El sonido se dispone de ondas que se distribuyen por entre las lámparas, las paredes y el espacio lóbrego. Retumban también por entre los cuerpos.

Un sinnúmero de errantes, como ellos mismos se hacen llamar, caminan entre el espacio y se distribuyen con ciertas distancias los unos de los otros. Saben, con algo de temor, que al acercarse,

las ondas traspasan por sus cuerpos, alteran de muchas maneras la experiencia. “Si las cosas no vibraran se romperían. Si las cosas no supieran vibrar saldrían disparadas en fragmentos.

Es la vibración la que permite resistir y durar. En lugar de oponerse a las fuerzas, las cosas se dejan atravesar y vibran” dice Juan Cárdenas cuando en su cuento Los mayores fraudes espiritistas. Lo que interrumpe el silencio es la movilidad permanente entre los objetos de los que somos dueños y la comunicación entre los cuerpos y la quietud.

El momento en el que estamos es el decálogo del sonido y de las voces reventadas para hacerse sentir, es un momento que ha cavado una distancia, una brecha impenetrable e inefable que si pudiese nombrarse, se fragmentaría. Es el momento de los gritos, las arengas y los bramidos del cansancio. Todo se escucha afuera y se recoge dentro, se va reciclando, se renueva y se recoge. Las vivencias llenas de vibraciones del exterior y el interior es la que queda guardada en los cuerpos y sale, cuando la evocamos, convertida en otras ondas, reproducida y procesada, trasladada a otra vibración.

Así como las cosas se permiten recibir las vibraciones para no estallar, así permitimos traspasar cada sonido y su materialización por nuestros cuerpos.

Para que no estalle la furia, la convertimos en arengas.

Para que no estalle la rabia la convertimos en gemidos.

Para que no estalle el dolor lo convertimos en lamento.

Lamentos, gemidos, arengas, alaridos aullidos, rugidos, clamores.

Transmutan en el cuerpo

se retienen dentro

se procesan

se transforman

retornan al exterior convertidos en una fuerza invencible.



III

Algunos, tal vez, idealizan el error.—Interviene una mujer que poco a poco va subiendo a la tarima—. Porque en realidad no queremos equivocarnos nunca, no es un camino, es una casualidad que algunas veces no percibimos, una cadena de desaciertos que no esperamos, la ruta equivocada o el estuario que se desborda para llegar finalmente a la desembocadura.

Cada vez están más juntos, se han olvidado de esa pequeña distancia que impuso el virus. Dentro de la sala apenas respiramos, de a pocos, como intercambiando la sensación de sentirnos humo sin poder serlo totalmente. La experimentación se toma la palabra.

No es posible crear sin equivocarse. Hablan entonces los artistas de no dilapidar el error, de convertirlo en una fuerza de repetición, extrema, a veces, sin llegar necesariamente al objetivo trazado o a través de tiros largos, cortos, como de explorador, con firmeza y curiosidad que nos revela la electricidad que produce en el espíritu. “Los errores no son execrables, no son escatológicos”, reza el edicto a la entrada. Posibilidad de ser o no, puede ser material inesperado de la obra y del aprendizaje de ella.

Me pregunto, acurrucada y disminuida aquí en mi silla sin espaldar, si tenemos consciencia de cuánto nos equivocamos constantemente.

Errar tiene mucho que ver con saber esperar. Con no apresurarse en encontrar esa distancia entre el error y el éxito o llegar rápido al producto finalizado. En esa distancia larga o corta reside nuestra sensación de lo inacabado, lo inútil, lo desecho. No obstante, tan sólo ahí puede estar el florecimiento de lo que se espera. Dentro de la contemplación y el resguardo consciente de la experiencia mora, tal vez, la felicidad. A qué me refiero. A no esperar nada. No producir, no resaltar, no lograr, no apuntar al objetivo fijo, no llegar al destino planeado. Residir en la contemplación y en la experiencia no es la tarea fácil del humano, pues allí está la espera a la que las horas en sociedad no nos han acostumbrado. Siempre hay horas límites, tiempos máximos, fechas de entrega, minutos o segundos de llegada, donde se mide todo. Los parámetros de medida son opositores de la contemplación: las metas y los triunfos dedicados a la disminución del tiempo, a la espera, la esperanza de no alcanzar nada, traspasar la frontera de lo esperado e ir más allá.

Entonces, en la espera también está el error, pues si podemos anidar en la sensación de que todo está permitido y el cúmulo de acciones ligadas en el tiempo, no se van al abismo, tal vez podremos contemplar en ese puente en esa pequeña tregua, el alivio de la experiencia y de las horas que pasan para nada. Si no hubiera borrado mil veces lo que escribí anteriormente, no estaría usted leyendo esto: que es en el fondo, lo último y lo único escrito. Para usted no existe el error, solo lo presente, lo que no está escrito se ha borrado y ha desaparecido para siempre. No se disfruta lo anulado, se siente como perdido.

La espera es también una esperanza, una cresta verde, como el pájaro cetrino posado en mi interior con plumas lozanas, parecido al de Emily Dickinson. El pájaro es el error. Si es error no lo evidencio, yace en mi interior y se puede posar allí, cuantas veces sea necesario. Puede, por ejemplo, desplumarse, picotearlo todo, volver a nacer, tomarse la distancia y los momentos precisos para desear la eternidad.

El error es entonces una forma de contemplación de lo anhelado. Pasar de la esperanza a lo que se anhela, las ansias de la cumbre y del resultado. Esperar y mirar el tiempo para llegar a ese destino. Pararse con cuidado a contemplar. Detenerse. Contar de a pocos, entender qué ha pasado. Por qué el orden establecido con antelación no ha resultado.

Cuando algo funciona, finalmente, el ave emprende el camino y se despliega. Puede que el vuelo no tenga un punto fijo, pero entonces reconocemos nuevamente sus plumas, sus ojos, el canto a lo lejos, las ondas que deja al viento y aparecerá nuevamente la cresta verde, su mirada fija en el temor de equivocarse.

IV

EL GRITO DE LAS COSAS A TRAVÉS DE LAS ONDAS

Afuera todo sigue estallando. Es fácilmente el decálogo de la furia y su sonido. Si pudiéramos escuchar con atención cada onomatopeya, cada voz, su textura y su matiz, su color —como dicen los músicos—, el sonido hueco y puro de cada emisión, cada tono y su solicitud, se divisarían las ondas con su potencia, sus reclamos y sus diversos colores. Una sola representación en contraposición con formas de colores, líneas representadas en pantallas, imágenes abstractas que no trascenderían, si no las pudiésemos contemplar en este espacio.



Los cantos son diversos, lo que ha nacido desde la raíz soterrada de la violencia estructural, de la indiferencia, la exclusión y el abandono se alza en la calle. Aquí resuena como reverberación profunda, como grito herido transformado en pedazos de éter, ondas sonoras, energía materializada en la acción plástica.

Y para que exista el sonido debe haber alguien que lo escucha. Vemos ahora en un bunker convertido en una sala de exposición, el verdadero encuentro de las inquietudes de varias jóvenes divididas entre ese afuera y ese adentro que se vive en las calles. Un interior que no se puede enajenar de la influencia externa, una llama profunda en la intimidad de esos jóvenes que presienten que en el error y el sonido hay una potencia creadora donde el fuego permanece vivo. Y entre lo profundo del afuera y el rumor de las máquinas compuestas desde el inquebrantable yerro, se abre al fondo, entre tanta opacidad, la sombra de una joven que camina hacia una mesa. Sobre esta, un frasco, un cepillo, cientos de rodets negros que simbolizan el tiempo.

Quienes la vemos de lejos no nos atrevemos a increpar. Cepilla su pelo, lento. Envuelve en sus dedos esa especie de poesía que desprende el filamento. Parece, que ha decidido llevar un conteo. Se escucha por un parlante, del cual no sabemos ubicación, punto de difusión o extracción, algunos números que ejemplifican su acción. Entramos poco a poco, al verla, a un especie de trance. Entender qué quiere decir su empresa minuciosa, es nuestra tarea.

El tiempo es tan esquivo, la espera, el anhelo de lo que viene se va materializando en estos pequeños gestos. El anhelo también de lo fue pasado, lo que ha venido cayendo dentro de espacios incontenibles que no podemos recoger. Aquí el tiempo se materializa.

Cepillar, recoger un ovillo, el enredo, soltar nuevamente el delgado hilo entre los dedos para que devenga círculo. Pareciera, de repente, que cada minuto se materializara en ese efímero elemento. Recoger lo que sobra, hacer perenne el instante. Un círculo del tiempo.

Minutos y minutos de espacio recorrido. Cada acción que ha venido haciendo la artista se condensa en cada pequeño pedazo, en ese instante hecho tangible. Ahí se recoge la voz, el grito, las demandas, los cansancios, las arengas de lo que pasa afuera.

A futuro se acumula en el frasco, una serie de filamentos que son la memoria de ese tiempo. Lo que creció, maduró, perduró y luego cayó para ser desechado aunque no excluido. El residuo de lo peinado cada día se hace un nudo simbólico parlante, como los quipus que hablan un idioma estético indescifrable en nuestro propio lenguaje, que se nos hace extraño pero fascinante. En este espacio, sobre la mesa del performance se hacen a la voz del conteo. Quipus inescrutables porque no conocemos ni su historia, ni su sentido, ni su significado estético, se van expresando en la experiencia de cada gesto y de cada acto.



A veces, el cabello se enrolla de tal manera que pierde su forma planetaria y se convierte en la figura del infinito. Ella con cuidado lo separa, lo excluye de las otras circunferencias que ha ido acumulando y que como producto del azar se revelan, se van hacia otro lado.

Tienen otro destino: hacer perenne el instante.

V CONTRAVOZ

Silencio entre la barahúnda.

Desde donde escribo los veo a todos. Avanzan deteniéndose lentamente hacia esos objetos convertidos en obras. Afuera muchos gritan, caminan de frente a la nada entre arengas y gemidos. Se entreveran entre los ecos de los otros. Adentro avanzan deteniéndose. Pasar fijándose dice por ahí una escritora.

Observo. Voy tomando mi pelo de a pocos. Lo estimo, él se electriza. Empieza a escuchar también cómo, poco a poco, lo voy llamando con el tacto.

En ese enorme espacio rezago de lo que fue un parqueadero, entre las tinieblas como en el crepúsculo, todos nos vamos sintiendo entre los otros. He decidido callar mientras todos vociferan. Empiezo mi conteo. Cada filamento de cabello se ve enredado entre las manos orgánicamente. Lo espeto por entre mis dedos como si fuera una hebra por la que se ensarta la tela en la máquina. He empezado a contar ya desde hace bastante tiempo. Mis manos no se equivocan. La mente, el cerebro, sí.



Observo en silencio aunque las máquinas de la sala irrumpen con su estruendo y no permitan contemplarlo. Mi amiga ha perdido la capacidad de soñar. Desde aquí no puedo ayudarla, solo puedo continuar con mi acción sistemática, engarzar el hilo entre las manos, enrollarlo, permitir que se vuelva un círculo entre los dedos. No es solo una obra lo que compongo en este momento, no es un producto, no es un fin. Tenemos mil maneras de contar el tiempo y la experiencia aun así es inasible, el tiempo embiste con su furia, es una fiera que atrae con esa mirada peligrosa, de la que huimos pero de quien, a la vez, somos presas.



La única manera como he podido atrapar el tiempo es con los aros que se producen al engarzar mi cabello. Y a pesar de ello sigue cayendo, de a pocos, de a muchos lo he ido rompiendo. Transformar algo que no existe en forma material me es casi imposible. Sin embargo, el contenido me sirve de bálsamo para recoger y recordar.

Ir atrás, mirar por encima del hombro y agarrar lo vivido. Lo que ni el tiempo ni el sonido pueden asir.

VI

Lo que se excluye aquí no es entonces producto de la equivocación, es parte del azar.

Si anduviéramos más cuidadosos y expectantes por el mundo, pronto entenderíamos que gran parte de vivir corresponde a lo inesperado, lo imprevisto, lo que desechamos, lo insólito e insospechado. No hace parte de un destino. Diluir el tiempo y no saber lo que pasó pertenece a la carga que se lleva en los hombros. Aquí la memoria del acto se hace presente en el filamento que a su vez hace parte del cuerpo. Dentro de esa cápsula cerrada que es esa habitación oscura, el tiempo se ha cerrado, el sonido se ha condensado, se ha hecho presente, a través de las voces de los asistentes y los aparatos.

El murmullo de afuera se hizo adentro, entre el azar que reverbera, que repercute como vibración entre los objetos. Pasa por entre las paredes, va y vuelve por esa distancia entre los que deambulan por ese parqueadero abandonado. Un vacío se produce y se pavonea entre nosotros. Lo hemos dejado todos entre esos dos metros que creó el supuesto apocalipsis cumplido. Y entre esas ondas navegamos todos, las ondas externas en el adentro, del error y de la figura del infinito representada ahora a través de un cuerpo; el cabello, los aros que se producen al cepillarse y despojarse de lo que ha pertenecido al cuerpo de ella. Hay un rumor que repercute por entre las cavidades de todos, se mete entre los espacios, en los circuitos, entre el tiempo y por entre nuestras cajas torácicas cuando hablamos.

Toda esa reverberación ha venido desde afuera.

Ha retumbado dentro de nosotros, hace que las cosas se muevan de a pocos.

Porque si la vibración acumulada se estanca, entonces todo estallarían lentamente también.

Todo, tal y como suena en el exterior, se fragmentaría.

Fragmentarse no trae el rompimiento total de las cosas, sino que las hace transformables, seres en movimiento que van generando los cambios. Si no, todo craquea. Como los rodetes de cabello de la artista, se han movido, han mutado, del cuero cabelludo a la electricidad del frasco. Ya no son pelo, ahora son tiempo.

Y como esa transmutación, así el sonido. Retumba por entre la sala, se hace espacio, video, energía: la de esos jóvenes que demandan acción, justicia y posibilidades. Ya no es más lo equívoco, lo errado, sino lo que hace posible esa transmutación.

Coleccionar el tiempo, coleccionar los ecos, las vibraciones y el espacio-afuera, el espacio-adentro.

Todo va transmutando, desde el ensayo, desde la experimentación, desde lo posible.
Un estallido aparece en el proceso y no es un error, es acontecimiento coherente con el momento.
Se necesitaba para que todo cambie.
La voz, el ruido, el eco, los círculos mutables lo han transformado todo.